

¿Llamando a las puertas del cielo?

“¡Felices almas! cuyos demonios vivían tan cerca” William Carlos Williams. *Paterson*.

“Hombres, animales, plantas no bastan a constituir un mundo. Se precisan demonios.” Henri Michaux . *Un bárbaro en Asia*.

El Cielo, la idea del Paraíso de los Bienaventurados, nunca me pareció que funcionara del todo bien. Cuando era niño, me venía a las narices con un olor húmedo, rancio como el de un confesionario. No me resultaba convincente, por mucho que figurase pintado con nubes de un turquesa imposible en el fondo que enmarcaba la figura de San Pompilio, santo escolapio de cara pálida y circunspecta que dominaba un lateral de la iglesia del colegio donde estudié, y al que destiné un buen número de rezos como penitencia por mis pecados. Decididamente, en el imaginario católico hay espacios mejor estructurados. Claro que se podrá decir que el cielo es, por definición, inefable y esa cualidad lo convierte en la abstracción suprema en que descansan los pies de Dios Padre, pero si para una cultura como la nuestra, alimentada de imágenes, hasta Dios padre puede tener pies ¿qué podríamos hacer con el maldito cielo?. Claro que para todo hay solución, y si no podemos concebirlo fácilmente, al menos lo llegamos a intuir como necesidad si pensamos en el infierno. Porque éste sí que resulta efectivo y, a juzgar por la cantidad de literatura y de imágenes que nos ofrece, está claro que funciona, y lo hace en lo más profundo de nuestra psique movilizandofantasías terroríficas y dolorosas. Si el Cielo, especialmente el católico, no logra despertar ese mismo interés, sí alcanza a convertirse en deseable gracias a su contrafigura del Infierno. Y como todo parece más fácil si visualizamos el límite de nuestras figuraciones, los doctores de la Iglesia acabaron aportando una contradictoria solución al colocar límites a lo ilimitado, poniéndole al cielo unas puertas a las que golpear con la esperanza de franquearlas. Convertían así en terreno vedado y oculto el firmamento, al que, no obstante, se apelaba para indagar sobre la necesidad de un ser superior que hubiese dado principio al cosmos infinito. Los astrónomos, claro, cayeron enseguida bajo sospecha y comenzaron los “divertidos” episodios de persecución de herejes. Así las cosas, las grandes representaciones artísticas del Cielo que nos ha dejado la historia se apoyan en el Infierno, necesitando ese instante dramático llamado Juicio Final, porque después del juicio todo continuará existiendo sin más. Vamos, un tremendo aburrimiento.

A partir de un determinado momento de mi beatífica infancia comenzó a obsesionarme la visión que se tendría de nosotros desde el cielo. Sin duda, debido a la enseñanza religiosa que recibí, castrante en muchos aspectos, pero que inducía a plantearse dilemas imposibles que resultaban estimulantes para la imaginación y te forzaban soluciones humorísticas y absurdas. Recuerdo que uno de esos dilemas que más me ocupó la mente fue el de la visión divina, el Ojo de Dios, que amenazaba con descubrirte cuando pecabas. Trataba de imaginar por aquel entonces cómo podría ser esa visión total que te vendían en la catequesis. Veía al clásico Dios Padre sentado en su sillón de nubes algodonosas, portando una lupa fabulosa en la que se reflejaban, simultáneamente, todas las posibles existencias: pasadas, presentes y futuras. Un tremendo lío espacio-tiempo, en el que nos amontonábamos distintos moradores en los mismos lugares y, como en la visión de Vélez de Guevara en *El diablo cojuelo*, las habitaciones se abrían como casas de muñecas

despojándose de techos y suelos. En otras ocasiones, la cosa era más sofisticada y me figuraba bombardeado por millones de microlentes grabadoras que, como partículas diminutas e inmateriales, invadían el espacio grabando todo lo que acontecía; imaginaba a Dios sentado en una inabarcable mesa mezcladora componiendo una cinta sin final, tan tediosa que nadie vería nunca.

Con la adolescencia sentí la llamada de la cerveza y mis buenas intenciones se torcieron víctimas del alcohol y la testosterona, y llegaron los demonios. En los dibujos animados solían aparecer un par de personajillos que, como dobles del personaje principal, luchaban alrededor de la cabeza de éste incitándole al bien o al mal. Supongo que ellos podrían acompañarme en un autorretrato adolescente. Finalmente debí acabar en el camino equivocado ya que poco a poco me fui olvidando del maldito Cielo.

Una vez perdida la fe católica me resultó imposible encontrar otra. Terminé viendo en mis compañeros de instituto, que abrazaban el compromiso político y me abordaban sin descanso, en su ardor proselitista, con una parecida mezcla de credulidad y gazmoñería, la misma dinámica religiosa que yo acababa de dejar atrás. Recuerdo la anécdota que le sucedió a la tía de un amigo; la mujer, de tradición familiar “roja”, ante los insistentes acosos de unos testigos de Jehová, sentenciaba que ella no era religiosa, pero que si acaso tuviera que serlo, lo sería de la religión católica, ya que “para eso era la verdadera”. Desengañado profundamente, yo ya no me encontraba con fuerzas ni para volver al redil, ni para nuevos entusiasmos; así que mi frente comenzó a marcarse con arrugas.

Para mi desesperación he continuado viendo esos mismos rostros iluminados y ese ardor militante en compañeros artistas y en aficionados al arte. Con distintas liturgias, desde luego, pero con igual presencia de sacristanes, monaguillos, e incluso papas; sin olvidar las consabidas guerras de religión y las escisiones sectarias. Como todo creyente, estos también tienen necesidad de demonios, y los tienen en abundancia. Llegados a este punto habría que pensar que el mundo es así más sencillo, y benditos sean los demonios si la máquina puede seguir funcionando. Igual que ocurre con esos papeles de envolver caramelos que se nos pegan al zapato, y que cuando queremos despegarlos, pisándolos con el otro pie, se nos pegan al otro zapato, así a mí este asunto celestial y demoníaco no me deja ni un momento; y claro, los años comienzan a venirse encima y voy a terminar arrugado como un duende.

Continuamos sintiendo al mundo como un espacio incómodo. Un lugar a medio camino entre el Paraíso y el Infierno; o, al menos, así parece ser, desde un punto de vista globalizado e imperativo que admite poca discusión. Tras el final de la guerra fría, una vez roto el equilibrio provocado por el horror a la bomba atómica, al disolverse los paraísos-infiernos comunistas, el peso de la tradición maniquea impele al Imperio a continuar en su afán por encontrar nuevos enemigos que amenacen, y por ello mantengan, el status alcanzado. En eso estamos, y es realmente complicado estar, porque la diana es tan móvil que nada, ni nadie, puede ya considerarse seguro. No sorprende, pues, el trasfondo simbólico que subyace en algunos acontecimientos de la historia más reciente; símbolos manoseados que, como en una repentina pleamar, arrastran las olas, dejándolos atrás entre una confusa espuma religiosa.

Resultó una ingenuidad pensar que la humanidad podría mantener un desarrollo de sus capacidades intelectuales que la llevase a un estado de pensamiento cada vez más racional. El ser Humano no resultó tan simple. La actual abundancia y éxito de literatura mágico-cabalística me lleva a pensar que aún no nos hemos movido lejos desde aquellos círculos dolméticos de la antigüedad. El progreso, como una vieja

estación de tren abandonada, parece ahora un mito herrumbroso que en otro tiempo nos quiso poner en marcha hacia una nueva tierra prometida, pero que, en un sarcasmo, fue devorada por el mar como una isla utópica. Progreso es un término sin valor que se desliza entre los dientes de los agentes del Imperio como una contraseña caducada. Finalmente, como en la película de los hermanos Marx, se nos pide más madera (“¡es la guerra!”); y a ver quién se atreve a parar el tren. Hacia el oeste, es decir hacia lo aún por colonizar, el curso del Imperio prevalece.

Allí, en ese espacio por venir, los elegidos podrán vivir un cielo nada abstracto, como una megatienda sin fronteras. Un inmenso parque temático que sustituya la obsoleta reserva celestial de nubes y seres angelicales del pasado. Una nueva Jerusalén celeste, o mejor rosa bombón, que anhela una suerte mejor que la de aquella *Holly Land USA* de John Greco que terminó semienterrada por la interestatal 84 allá en Connecticut. En esta megatienda la “luz inefable” será sustituida por cadenas de luces inagotables en sus destellos intermitentes, y un sonido de megafonía marcará un ritmo alegre y pegajoso, como el de esa cancioncilla del día de la marmota que Phil (Bill Murray) termina marcando con los pies en *Atrapado en el tiempo* (*Groundhog Day*).

Cielo e Infierno forman parte, por igual, del mito que cohesiona el mundo en que vivimos. No importa ya que no creamos en ellos, viven en nuestro lenguaje y con ellos articulamos un sin fin de metáforas que dan forma a nuestros pensamientos. Como nuestro cielo es un cielo alucinado que persigue la inmortalidad de los congelados famosos, para mantenerlo nos hemos propuesto trufarlo de demonios. A fin de cuentas ¿no es el hombre un demonio para sí mismo?

Sí, los demonios son nuestra especialidad. Podemos colocarlos debajo de las losetas, en la rejilla de ventilación del gas y, por supuesto, en los sillones de oreja y debajo de las camas; todo el mundo tienen que llevar una buena dosis.

Por eso nuestra pintura les da cobijo, en la confianza de que la ficción que su representación supone, los proyecte en la mente del espectador para que éste pueda acercarse al mundo con una sonrisa, para que olvide ese Edén de pesadilla aunque sea por un instante. Son, en esta ocasión, demonios absolutamente conscientes y no provienen de ningún lugar secreto del subconsciente; no son surreales, ni vienen a dar cuenta de ninguna liberación secreta.

Cuentan que Lutero, para espantar a Satán le arrojó un tintero y aún es visible la huella de esa mancha en la pared de su celda en el castillo de Wartburg; sin quererlo se adelantaba de este modo a lo que siglos más tarde la pintura expresionista abstracta pretendería hacer ahuyentando sus propios diablos y huyendo hacia el espacio del absoluto. Estos demonios nuestros arrojan tinteros sobre ese absoluto, mientras fingen la expresión del mismo como parte de una liturgia; se ríen, mordaces, de lo sublime y quieren ser de buen trato para que se les pueda entender como si de unos dibujos animados se tratase. Nuestros demonios tiene un hambre atroz y se comen lo mismo al Cordero Místico que al Tetramorfos, pero también gustan del jamón y de la cerveza; se preparan para la nueva Edad Media, refugiándose en cuevas que semejan caries en las rocas. Son demonios generosos y dejan los cuadros inacabados para que vengan otros a terminarlos (¿cómo podría ser de otro modo?). Nuestros demonios carecen de toda convicción y desprecian a los apasionados, pasean por las salas de los museos y escuchan los discursos para iniciados, mientras cotejan en el mercado el valor de las

acciones de los nuevos adalides de la revolución del arte: la próxima revolución será la más cara, ya que debe extenderse por los despachos de todos los organismos del estado; también será la más fácil de asimilar, ya que no se notará mucho. Nuestros demonios están animados y tienen un alma terca y concienzuda; poseen su propia ética y viven del pasado y del futuro, porque se comen todos los días la hoja del calendario...

Suena el acordeón, y Flaco Jiménez canta “en el cielo no hay cerveza que beber, por eso ando tomando noche y día”. Lo siento, algo hay en esa frase que me ha enturbiado la mente como una revelación apocalíptica.

(Curro González, Enero 2006)